ñada por vos, á honra y gloria de Jesucristo, y de sus doce apóstoles? Sí, que os será agradable, si yo de mi parte he tenido la debida disposicion. Sí, que mediante ésta tendré la gracia que os pido. Así lo creo: así lo espero: así confio. Amen.

El himno, antifona, oracion y gozos; y lo demás como el viernes primero.

VIERNES ULTIMO.

La señal de la cruz, el acto de contricion, y despues las siguientes:

Súplicas al Santo.

Aquí estoy, finalmente, ¡ó prodigiosa oficina de milagros! ¡ó milagrosa fé de prodigios! puesto en el término y fin de esta devocion, instituida por vos. Alcanzadme tambien esta gracia, en virtud de vuestra inmutable perseverancia. Vos que apagasteis los ímpetus del fuego, sosegasteis las aguas, mandando los vientos, disteis leyes á la tierra, tuvisteis obedientes los brutos, los peces, los pája-

ros y las criaturas todas: vos que fuisteis obsequiado y amado de los mayores príncipes y monarcas del mundo, de los mismos vicarios de Dios, y del mismo paraiso: que resucitasteis tantos y tales muertos, que obrasteis, y no cesais de obrar cada dia maravillas y portentos: siendo á los enfermos una deficiente probática piscina de Esebon; á las afligidas y trabajadas provincias un Jeremías; á los tiranizados y oprimidos un Moisés, un Daniel: alcanzádmela tambien á mí, para que pueda afirmar con los demás devotos vuestras santas manos: y que seria milagro cuando no hicieseis milagros.

Ruegoos por la vehemencia de espíritu con que obrasteis el mayor de los prodigios, convirtiendo milagrosamente á Dios tantos y tan obstinados habituales pecadores, solo con un sermon en los montes de Paterno, demás de los infinitos centenares, que ya habeis convertido.

Padre nuestro y Ave María.

Os ruego por el amor que tuvisteis á vuestra pátria, haciendo en ella tantos milagros, cuantos fueron las criaturas que librasteis de la muerte, cuando pocos lustros há la defendisteis

visiblemente del mayor terremoto, que jamás hubo en el mundo, quedándose desoladas entre ciudades, villas y aldeas, ciento y ochenta; pero Paula, aunque amenazada, en nada fué ofendida.

Padre nuestro y Ave María.

Ruegoos por la piedad que tuvisteis de cinco pobladísimas ciudades de la Francia, librándolas del contagio, como tambien Frejus de la Proenza, en la cual despues de dos siglos no ha estado jamás aquel mal, con no haber faltado quien diabólicamente haya intentado algunas veces introducirle.

Padre nuestro y Ave María.

Os ruego por la asperísima penitencia, que por espacio de seis años continuos hicisteis en una gruta, en la que (á imitacion del Redentor) estuvisteis una cuaresma entera orando, sin comer ni beber.

Padre nuestro y Ave María.

Ruegoos por la modestia con que en el convento de Palermo, llamado el convento de prodigios, hicisteis un dia solo trescientos insignes milagros.

Padre nuestro y Ave María.

Ruegoos por la caridad con que saciasteis trescientas personas hambrientas con solo un pan pequeño; y aun sobró para otros.

Padre nuestro y Ave María.

Ruegoos por la humildad con que predijisteis la destruccion del imperio oriental, é hicisteis otros cien maravillosos milagros, tambien en un solo dia.

Padre nuestro y Ave María.

Ruegoos por la virtud con que alcanzasteis, despues de estrema sequedad, las aguas del cielo á la ciudad de Melazo, y de Catania, reducidas al sumo de la miseria; y esto al aparecerse solo una imágen vuestra.

Padre nuestro y Ave María.

Ruegoos por la compasion que tuvisteis á la ciudad de Bormes, en tiempo de peste,

cuando con la señal de la cruz librasteis tantos millares de personas: como tambien no há mucho tiempo sucedió en Málaga de España, despojando en un instante hospitales y lazaretos, y privilegiándola perpetuamente de aquel mal.

Padre nuestro y Ave María.

Ruegoos por la admirable edificacion que de vos tuvo la marquesa de Geraci, cuando en su presencia obrasteis sobre trescientos milagros.

Padre nuestro y Ave María.

Ruegoos por vuestra limpia pureza, autenticada aun de la incorruptibilidad de vuestro cuerpo, y del olor que continua-

mente sale de vuestras reliquias, y de la continua conversacion y familiaridad que tuvisteis con los ángeles.

Padre nuestro y Ave María.

Ruegoos por aquella celestial prudencia con que saciasteis con solo un pan y un poco de vino tres mil personas, que concurrieron á ver vuestros prodigios estupendos.

Padre nuestro y Ave María.

Ruegoos por aquella inaudita santidad, en virtud de la cual se cuenta habeis obrado, por medio de esta devocion de los trece viernes, solo en España, mas de siete mil milagros auténticos.

Padre nuestro y Ave María.

Vos sois (¡ó querido y amado serafin de Paula!) un Protéo celeste de virtudes: vos imitasteis la mansedumbre y humildad de David; las mortificaciones de Lot; la castidad de José. Vos no cedisteis á Isaías en el amor de Dios, ni á Abrahan en la fé, ni á Daniel en la pobreza: Sara no os adelantó en la caridad, ni Tobías en la paciencia: en la confianza celestial ni en las penitencias no fuisteis separado de Judit, ni del Bautista: obsequiaste á la Reina de los angeles con afecto grande, no menos que aquel padre putativo del

Redentor: en las oraciones no fuisteis menos fervoroso que Jeremías; en la constante perseverancia fuisteis otro Jacob. Por el mérito de tantas virtudes, por la virtud de tantos milagros, por tantos y tan señalados prodigios, por tantos y tan señalados portentos; hacedme digno, que os lo suplico, de que reciba esta gracia, que jamás quebrante la ley de Cristo, para que pueda con vos espirar mi alma en sus brazos. Amen.

El himno, antífona, oracion y gozos como el primero.

Fin de los trece viernes.

SUPLICAS

antes de la confesion, invocando al Angel de la Guarda.

Angel mio santísimo, mi defensor, mi guarda, y mi guia: sin vuestra amorosísima asistencia, ya estaria en lo profundo de las miserias; y por mis gravísimas culpas ahora me hallaria en las cruelísimas fuerzas del demonio, pensando, padeciendo, y siendo atormentado, no por un año, por un lustro, por un siglo, sí por el interminable infinito curso de la eternidad, en las horribles y espantosas llamas del infierno. Os doy gracias por el cuidado y con-

tinua custodia que teneis de mí: os ruego me asistais é ilumineis, para que pueda hacer esta confesion con el dolor y arrepentimiento debido; y un propósito firme y estable, mediante vuestro favor, y la divina gracia, de no mas pecar. Amen.

A S. FRANCISCO DE PAULA, y demás santos abogados.

Glorioso S. Francisco de Paula, y demás santos abogados y protectores mios: os ruego me ayudeis á reconocer las ofensas que he cometido, aun contra vos mismo, quebrantando

la ley santísima de Dios, con tantas impurezas de pensamientos y obras, con tantas murmuraciones y rencores; especialmente estando divertido tantas y tantas veces, y con tan poco respeto á las iglesias, en presencia de la adorabilísima é incomprehensibilísima Magestad, ante quien los querubines y serafines están con tanta humildad, y toda la corte celestial, y vos mismo rendis continuas adoraciones de suma reverencia y obsequio. Vuelvoos á rogar me alcanceis el perdon de tantas y tan graves faltas, y la gracia de abstenerme en adelante, para que

pueda despues de mi muerte ir á la celestial Jerusalén, donde estais vos, á gozar el fruto de vuestro patrocinio. Amen.

A la beatísima Vírgen.

Augustísima Emperatriz de los cielos, refugio de pecadores, madre y protectora de quien desea librarse de la esclavitud del demonio: en quien encuentra cualquiera que ofende á vuestro purísimo hijo, segurísimo amparo para reconciliarse con su divina Magestad. Aquí me teneis á vuestros pies humildemente postrado, suplicándoos me alcanceis benignamente luz

para conocer bien la gravedad de mis culpas: haciéndome el enemigo comun creer las mas obcenas deshonestidades, y las avaricias mas escecrables y parsimonias; las mas crueles é implacables venganzas, débiles y justos sentimientos; las mas licenciosas embriagueces, delicias leves; la envidia mas rabiosa y mordáz, celo discreto y amoroso; la pereza y el tédio en las buenas operaciones, flema y reposo; la grandeza y el fausto soberbio, mantenimiento del propio grado: asistidnos para que pueda, iluminado de un rayo purísimo de vuestra divina luz, verme como soy, co-

nocerme cuanto ofendia y desagradaba á Dios, para poder detestarlo y llorarlo con lagrimas de sangre, y formar actos de propósito firme y constante de no cometerlo mas, como con todo mi espíritu lo deseo. Amen.

Súplicas á Jesucristo.

Señor mio Jesucristo, piélago inagotable, é inmenso de misericordias, que no quereis la muerte, sino la conversion del pecador. Aquí me teneis, por el amor que os debo, arrepentido de mi pasada vida: aquí vengo á la indificiente fuente de vuestra preciosísima sangre,

al manantial de vuestras sacratísimas llagas, para rociar allí mis culpas, para sumergir mis intemperancias, mis disoluciones y rencores.

Ruegoos me concedais el dolor del real profeta, la contricion del príncipe de los apóstoles, de las dos gitanas penitentes, y de la Magdalena, á fin que pueda hacer esta confesion, tan entera y perfecta, como si fuese la postrera de mi vida, pudiendo quizás ser esta la última. Y ya que en el tiempo de mis mas enormes pecados habeis usado de misericordia conmigo, no me la negueis ahora; pues deseo con toda la efi-

cacia posible mudar de vida y costumbres. Haced, ¡ó piadosísimo Redentor mio! ya que tengo una firme y resuelta voluntad de no ofenderos mas, que en adelante antes muera que consienta jamás en la transgresion de vuestros divinos preceptos. Amen.

Despues de la confesion.

Ya de todo aquello que ante el tribunal justísimo, y tremendísimo de vuestra divina Magestad, el demonio me puede acusar haber cometido por pensamiento, palabra, obra, omision, y comision, me hallo do-

loroso y arrepentido; y de cuanto he podido acordarme, de todo he hecho aquella confesion que me ha dictado la debilidad de mi espíritu. Ruegoos ahora humildemente, me concedais la total remision. Y porque sé que sin efusion de vuestra preciosísima sangre, mis culpas no podian ser borradas, vengo por eso á rociarlas en los inagotables raudales de vuestras llagas. Os ruego por los infinitos méritos de vuestra misma preciosísima sangre, por los de vuestra purísima é inmaculada madre en el primer instante de su concepcion, del angel de mi guarda, y de los santos N y N. mis

abogados, acepteis mi arrepentimiento, y suplais con vuestra misericordiosa bondad, todo aquello que hubiese faltado por falta de ecsámen, así en ésta, como en las demás confesiones, que he hecho desde que empecé á ser participante de la gracia de este sacramento, ó en la sinceridad del arrepentimiento, ó en el cumplimiento de la satisfaccion, ó la integridad de la misma confesion. Amen.

Súplicas que se han de rezar antes de la sagrada comunion.

Yo creo firmísimamente ¡ó Dios mio! que vos estais en cuerpo y alma en este augustísimo sacramento. Que tengo de recibir aquel Dios omnipotente, que ha criado el cielo y la tierra. Aquel que encarnó en el vientre purísimo de María virgen, y que por la redencion del mundo murió en una cruz. Aquel que despues de tres dias resucitó glorioso, que subió á los cielos, que ha de juzgar todo el género humano, resucitado en su propia carne, allá en el valle de Josafat. Yo he de recibir la inefa-

ble divinidad, que por mi descendió del cielo á la tierra, estrechada por mí debajo de los accidentes de pan y vino. ¡No me confundo por esta maravilla! ¡No me liquído en lágrimas de ternura! ¡No me aterro y tiemblo por la poca disposicion que tengo de arrimarme á un Dios infinito, inmenso, incomprehensible, y omnipotente!

Acto de humildad.

Amabilísimo Redentor mio de mi alma: yo me conozco inhabil, yo me confieso indigno de recibiros por mi mala vida, gastada en tantas maldades, en tantas impurezas, y en tantos rencores. Aunque tuviese la santidad y humildad de los ángeles, la pureza de los querubines, la caridad de los serafines, debia con todo eso llegarme á vos, con grandísimo temor, y con sumo respeto. Hacedme vos digno de recibiros; que yo lleno de confusion ofrezco todos los rendimientos, purezas y respetos, con que hasta aquí habeis sido, y sereis adorado por toda la eternidad, de las devotas vírgenes y santos religiosos. Os ofrezco en holocausto mi alma. A vos toca, ¡ó mi Dios! santificarla. Consumid, ¡ó divino fuego! todo lo que hay en ella

de indigno é impuro: purificadla, para que esté capaz de vuestra eficacísima gracia, y sea digno receptáculo de vuestros celestiales favores. Amen.

A la beatísima Vírgen.

Yo os suplico, Vírgen purísima, Madre santísima de mi Señor y Redentor, me alcanceis la devocion, el espíritu y la ternura de afectos, con que vuestros amantes siervos se han preparado para recibir á vuestro dulcísimo Hijo Jesus. Deseo aquella humildad que entre todos los santos tuvo siempre la beata Catarina de Bolonia; pe-

ro particularmente aquella noche del santísimo nacimiento, en la cual le fué dado por los ángeles á besar y abrazar el mismo amado hijo vuestro, y mi benignísimo salvador, para poder con el debido respeto, con la justa disposicion, y debida devocion, llegarme á él para recibirle, á fin de ser librado de todos mis males, ocasionados de mis pecados, por este divino médico.

Despues de la sagrada comunion

Señor mio Jesucristo, única delicia de mi alma: ya habeis estado sobre mi lengua, y ahora os hallais en medio de mi

corazon. Ruegoos os digneis ¡ó fuego ardentísimo de caridad (al modo que un carbon encendido purificó los lábios al profeta Isaías) purificar mi lengua de palabras vanas, ociosas é impuras, y demas murmuraciones. Purificadla, como se purifica el oro en el crisol á fuerza de fuego, no solo de las manchas, (de las cuales aquella blanda calamidad de los afectos humanos no es capaz) sino de los ódios, envidias, amores ilícitos, pensamientos codciiosos, soberbios y fraudulentos, de los cuales será dañado mi corazon. Os suplico, ¡ó sumo bien mio! me concedais humildad, paciencia, caridad, casti dadabstinencia, constante cuidado y fervor, en las cosas espirituales. Yo os pido ¡ó mi Dios! con lo mas vivo de mi alma todas estas virtudes. Concedédmelas, Señor, si no por esto, á lo menos por contraseña de haber visitado una pobre y miserable criatura, sí, pero redimida con vuestra preciosísima sangre; para que estas como fuertes antemurales, me detengan y me aparten de toda, aunque pequeña ocasion, que pueda inducirme á consentir, aunque ligeramente al pecado, Amen.

Hacimiento de gracias.

¿Qué cosa podré yo hacer jamás, ¡ó fuente inagotable de amor! ¡ó mi divino Jesus! en retribucion de tan señalado beneficio? Yo soy nada, nada valgo, y nada puedo. No sé hacer otra cosa que, adoraros con el mayor rendimiento de humildad, que jamás puede tener criatura alguna. Os rindo con el corazon deshecho de ternura, todas aquellas gracias que os han hecho, y os harán por todos los siglos los ángeles, y singularmente, mi defensor y guarda; los santos, y precisamente vues-

tro amadísimo y escogidísimo S. Francisco de Paula, y mis santos abogados N. y N.; y en suma, todas las criaturas.

Y por ventura, ¿es poco, que vuestra inefable divinidad se haya agradado de entrar en mi pecho, y de visitar al mas ínfimo de los hombres, y al mayor de todos los pecadores?

Es tan grande el beneficio, que yo no hallo espresiones para ponderarle: no sé mas que admirarme, y pasarme reflecsionando sobre un honor tan grande, y una tan señalada gracia.

A la beatísima Vírgen.

Ruegoos, ó clementísima Madre y señora mia, deis gracias por mí á vuestro amabilísimo Jesus, del favor Inmenso é infinito que me ha hecho, dignándose de visitar á este pobre é infeliz pecador, que tantas veces indignamente le ha ofendido. Suplicándole ¡ó consuelo benignísimo de afligidos! para que esté continuamente conmigo, á lo menos por gracia y por amor: que me conceda espíritu, fervor y fuerzas para no ofenderle mas: que tenga por encomendados á mis padres y parientes, á los

que se hallen enredados en culpas é impurezas, para que se reconozcan y enmienden. Los pobres agonizantes, y las afligidas almas del purgatorio, que están en aquellas acervísimas penas; singularmente aquellas que han sido grandemente devotas de vuestra inmaculada concepcion, y aquellas á quienes debo corresponder agradecido por algunos beneficios recibidos. Encomendadle, ¡ó Madre admirabilísima! mis enemigos, y todos aquellos que se hallan en ocasion de ofender á su divina é inefable bondad; los fatigados cristianos, que están en las impías y bárbaras ma-

nos de los infieles, y en peligro de perder la preciosísima piedra de la fe: los sacerdotes y religiosos, y principalmente los superiores, los encarcelados, los peregrinos y viandantes; las viudas y los huérfanos; y finalmente, cualquiera que se halle en alguna grave necesidad, trabajo, ó tribulacion. Oídme, ¡ó refugio poderosísimo de pecadores! Y vos mis gloriosos santos abogados, alcanzadme con mi angel tutelar y defensor, que pueda vivir y morir en gracia de su divina magestad, Amen.

ORACION

que se ha de rezar ante el Santísimo y augusto Sacramento.

Señor mio Jesucristo, yo os adoro con toda la humildad posible, y os doy gracias por la preciosísima sangre que habeis derramado por la redencion de mi alma. Os pido el perdon de mis pecados, y os encomiendo la última hora de mi vida Amen.

Deprecacion á Sr. S. José.

Santísimo Patriarca Sr. S. José: yo os ruego humildemente me alcanceis de vuestro hijo putativo Jesus, y de la inmacu-

lada esposa vuestra María santísima, siempre virgen, gracia para no mas pecar mortalmente; para que despues de esta vida, me sea concedido ver en la gloria, por todos los siglos, á Jesus, María y José. Amen.

Advertencia al que ha comulgado.

Seria bueno y aun muy necesario, despues de la comunion, estarse en la iglesia, y oir con devocion una misa: porque es notabilísimo error de algunos, que quizas olvidados de tener en su pecho el augustísimo Sacramento del altar, se salen poco despues de la iglesia, á ha-

dando á que se consuman las especies sacramentales. Demás de esto, el que puede, procure ganar ese mismo dia alguna indulgencia plenaria, y el que estuviese enfermo ó encarcelado, ó se hallase distante de la ocasion, sepa que en todo lugar se puede ganar, mientras tenga la debida disposicion, ó haga lo que viene puesto en la bula de indulgencias.

REGLA

de la Tecera Orden de los Mínimos de S. Francisco de Paula, compuesta por el mismo Santo, para la congregacion de los fieles del uno y del otro secso.

CAPITULO PRIMERO.

De la salutífera observancia de los preceptos divinos, y de la santa madre Iglesia.

Porque para entrar en la vida eterna, y conseguir el premio de la bienaventuranza, es necesario guardar los divinos mandamientos: por tanto, conviene á todos los hombres y mu-

geres, que debajo de esta regla tercera de la órden de los Mínimos: querais al Rey de la gloria servir, y espereis por la guarda de ella entrar en la vida eterna, guardar los mandamientos de Dios, y preceptos de la iglesia: y con todo vuestro corazon, y con todas vuestras fuerzas amar y honrar, y (con mucha devocion) á un solo Dios en Trinidad servir, teniendo en él firme vuestro corazon.

De evitar el juramento.

Asímismo, su santo nombre en vano no jureis; antes debeis procurar en todas vuestras pa-